



COMBATE DE GERMANIA

Montó su caballo el Teniente Coronel José Buenaventura Sepúlveda y miró sobre el muro de adobe que circundaba el patio posterior de la vetusta Escuela Municipal de Iquique, corralón que albergaba en ese momento a los jinetes de su escuadrón.

Eran los integrantes del Primer Escuadrón del Glorioso Regimiento Húsares de Junín N° 1, única Unidad de Caballería de Línea peruana que actuaba en el Teatro de Operaciones del Sur de la República, en la devastadora guerra que había provocado Chile a comienzos de 1879.

Los sesenta hombres que deambulaban por el patio aseando sus caballos, limpiando su armamento, eran los valientes que quedaban, después de internar a sus heridos en el Hospital de Campaña, del centenar de jinetes que conformaban la unidad al comenzar la contienda y los que ya habían demostrado su coraje y su pericia al exterminar al escuadrón chileno Exploradores del Desierto en el combate de Quillagua, caserío situado en el límite sur del departamento peruano de Tarapacá, el 23 de octubre de 1879 (Gargurevich, 1986, p. 2).

COMBATE DE GERMANIA

Sepúlveda y su escuadrón, con apoyo de los restos del Escuadrón Húsares de Bolivia al mando del Mayor Manuel María Soto, habían sido misionados el mismo día de sus llegadas a Iquique para desplazarse desde este punto hacia el norte, buscando información y contacto con el enemigo, el que desde hacía varios días y desde Pisagua se desparramaba por el extenso desierto del Tamarugal (Paz Soldán, 1979, p. 124).

Mientras tanto, en el lado chileno, en el campamento de Hospicio, situado sobre el barranco que domina Pisagua, en ese mismo momento el General Erasmo Escala, Comandante en Jefe chileno, ordenaba al Teniente Coronel José Francisco Vergara que, con el Regimiento Cazadores a Caballo, fuerte en 275 jinetes, marchara inmediatamente hacia el sur con el fin de concretar datos sobre donde se hallaba el enemigo.

Vergara partió de Hospicio en la noche del 4 al 5 de noviembre, siguiendo la línea del tren que por San Roberto va a Jazpampa y de ahí a Dolores, a donde llegaron a fin de jornada del día 5, se dispuso el vivaqueo y se transmitió la orden del Comandante Vergara de reemprender la marcha en la madrugada siguiente.

Por el lado de los peruanos, en la madrugada del 6 de noviembre, luego de una agotadora marcha a través de 120 km de candentes arenas que separan Pozo Almonte de Agua Santa, los Húsares de Junín llegaron a Peña Chica, donde se les ratificó la misión de tomar contacto con el enemigo, impidiendo a éste cualquier incursión sobre las fuerzas aliadas, sin sobrepasar la estación Salitrera de Negreiros sin previa orden (Gargurevich, 1986, p. 7).

COMBATE DE GERMANIA

Cuando los jinetes aliados llegaron a la Estación Ferroviaria de Germania, a las 16:00 horas del día 6 de noviembre de 1879, el Jefe del Escuadrón dispuso que el ganado fuera desensillado, abrevado y que el personal tomara su rancho frío aprovechando este merecido descanso, después de diez horas de cabalgar sin tregua.

En el momento en que los jinetes aliados se disponían a disfrutar su descanso, sonó el clarín mientras los vigías daban la señal de alarma y se replegaban a la carrera, y aparecieron detrás de ellos veinticinco jinetes que sofrenaron sus caballos ante los disparos de los hombres que se retiraban. Eran estos los exploradores de la vanguardia chilena.

A la vista del adversario, Sepúlveda dispuso velozmente su escuadrón para el combate ordenando a viva voz que el Tercer Pelotón, al mando del Alférez Gómez—que eran los bolivianos que no tenían sables—, avanzara a pie, en posición de guerrillas, para contener momentáneamente por el fuego al enemigo, mientras el Primer y Segundo pelotones ensillaban y saltaban a caballo.

Realizado esto, el comandante peruano tomó el mando del Primer Pelotón para cargar sobre cualquier elemento que apareciera por los médanos del flanco izquierdo, mientras el Mayor Soto, al frente del Segundo Pelotón de combate, debería actuar del mismo modo sobre cualquier grupo de enemigos que surgiera por el flanco derecho.

Casi simultáneamente el Comandante Vergara tomaba sus disposiciones de combate dando como resultado que, como dos trombas de arena, los jinetes aliados y chilenos se enzarzaran en feroz combate.

COMBATE DE GERMANIA

Con el sable tinto en sangre y una herida en el lado izquierdo de la cara, el Comandante Sepúlveda se sobrepuso al estruendo del combate dando órdenes en circunstancias que un círculo de acero se formó a su alrededor encerrándolo junto con su ayudante y su asistente.

Noventa y nueve cadáveres de húsares, acariciados por la sombra del pabellón peruano, que aún flameaba en el mástil del edificio principal de Germania, dieron fe de la palabra empeñada de no dejar pasar al enemigo (Gargurevich, 1986, p. 9).